

gado al concepto optimista del plazo fatal, del cual Metchnikoff hace uno de los caracteres dichosos de la extrema vejez. Y en realidad la hoz le fue lo más clemente posible, y su vida se apagó como lámpara sin aceite, como dice el vulgo, por "consumo natural de su húmedo radical" como creía él mismo. "Estando en buena salud, escribe su resobrina, sin sufrir de dolor alguno y hasta con mente serena y contento, le dió un vahidito que hizo las veces de agonía y le hizo dar el último suspiro". Fué la conclusión tranquila de una vejez particularmente serena.

Y aquel hombre, a pesar de tantos cuidados prodigados a su salud, no fué inútil. Dotó a su patria con fortificaciones muy ingeniosas y se dedicó mucho al saneamiento de pantanos infértiles y dañinos. Sus coe-

táneos sólo tuvieron motivo de elogios por el cuidado que dedicó a su clase de vida. Pero para obtener semejantes resultados quizá no bastará con reglamentar hasta sus menores actos con tanta minucia. Hay que poderlo hacer, disfrutar como Cornaro de una buena fortuna que permita crearse más pasatiempos que quehaceres, pasar su vida en leer o hablar con buenos y eruditos amigos, cambiar de casa y de campo según la estación, todo cosas que desgraciadamente reducen el número de humanos susceptibles de seguir con provecho las reglas de vida y el régimen que aquel héroe de la sobriedad pensaba haber erigido en código generoso para bien de la humanidad entera.

Doctor Henri Bouquet.

## Visita interesante

.....cría querubas para el presidio  
y serafines para el burdel.

S. Díaz Mirón.

Los que tenemos hijos, precisa que abramos cuatro ojos, como dice la hipérbole popular. Con que abramos los dos que tenemos, basta y sobra, sin embargo, para comprender cuán arduo problema nos está planteado en relación con su porvenir intelectual, moral y físico.

En el teatro, cuando la ostentación y el lujo no embargan todas las facultades de quienes los exhiben y quienes los admiran reverentes, aun hemos visto, en presencia de los escasísimos números apreciables que pasan aquí por las tablas, un escalofrío de verdad artístico, rozar la sensibilidad de público. Cuando olvidados de vanos prejuicios sociales nos ha sido dable constatar algunas lágrimas mal disimuladas, al romper las luces bruscamente la sincera congoja con que a menudo se sigue, a favor de la oscuridad, uno de esos dramas cinematográficos, a que tan-

to nos aficionamos, hemos respirado hondamente, convencidos de que aún el sentimiento, fuente eficaz de regeneración, reina en algunos corazones.

El motivo—dirán— es banal; pero a eso se contesta que no importa el caso, pues lo que vale y alienta es que aun nos queden lágrimas.

Más lejano de la verdadera belleza está sin duda el espectáculo de un caballo que, tras ruda carrera, agoniza en medio de la calle, con la cabeza partida contra un poste; pero demasiado sugestivo para quien haya observado al rededor de la sangre y la tortura, a los granujas echando bromas, indiferentes, si no alegres, a la vista del desastre. Si el dolor es universal, debe ser universal la conmiseración; y quien no se duele de una mariposa batiendo las alas tenuemente, como para acelerar la muerte producida por el alfiler